

CAPÍTULO PRIMERO

IDEA DE LA VERDADERA CIVILIZACIÓN

Se dice que una nación está más ó menos civilizada, según que en ella más ó menos se reconozcan, se respeten y aun, si preciso fuese, por medio de la fuerza se garanticen, los inalienables derechos que todo hombre tiene á la vida, á la verdadera libertad, al desarrollo armónico de sus facultades, y, por último, á la asecución del fin que en esta vida se le ha impuesto, en lo que consiste toda su felicidad. El hombre esencialmente compuesto de materia y espíritu, va desarrollando su vida social con arreglo á ciertas condiciones, en las cuales, ó ambas partes del compuesto humano se perfeccionan armónicamente conforme á la dignidad y nobleza de cada una, y entonces se tendrá el ideal de civilización; ó se da la preeminencia á la materia sobre el espíritu, resultando en consecuencia, ese estado social que hoy han dado en llamar con expresión un tanto paradójica, *civilización material*.

¿Que las energías de un pueblo se consagran al cultivo de las facultades del espíritu y á la satisfacción de sus nobles aspiraciones? Su resultado inmediato será un mayor grado de perfeccionamiento religioso y moral; una marcada aptitud para hacer recto uso de la facultad de razonar y dedicarse á estudios filosóficos y de abstracción; un refinado gusto para las bellas artes, y una notable afición á la agricultura, y análogas ocupaciones propias de un carácter pacífico; en una palabra, ese pueblo en su moralidad, finura y suavidad de costumbres, reflejará vivos destellos de los tres objetos que constituyen la felicidad humana: la belleza; la verdad, el bien.

Por el contrario, ¿se dirigen los esfuerzos al desarrollo y perfeccionamiento de la parte material? En tal caso, el campo de

acción se reduce á lo útil, á lo que próximamente pueda satisfacer las rastreras necesidades corporales y contribuir á sus comodidades y bienestar. Y aunque en nuestros días de extraordinario desarrollo para las ciencias físicas y mecánicas, el progreso material se presente con aparato deslumbrador á los sentidos; ante la razón, sin embargo, no puede pasar como exclusiva, ni aun siquiera como principal medida para apreciar la civilización de un pueblo, lo que no traspasa el limitado horizonte de la materia, ni responde más que á sus innobles exigencias. Se han formado, por lo tanto, un pobrisimo concepto de la sociedad, los que entre los objetos de la actividad humana dan la supremacía á la materia y gradúan la prosperidad de un pueblo por su mayor ó menor adelanto material, prescindiendo por completo de otros bienes más nobles y levantados.

Este nuevo orden de ideas y esta nueva fase de la sociedad moderna se debe en gran parte á los protestantes. Ellos, si se trata de naciones civilizadas no os hablarán más que de Inglaterra, Alemania ó los Estados Unidos; y mientras que os encarecen con ampulosas frases, los ferrocarriles, vapores, líneas telegráficas, colosales fábricas é inmensas riquezas de estos países, con gesto desdenoso y tono despreciador os pondrán á la rezaga de las naciones cultas á Italia, España, Méjico y Sur-América como indignas de figurar en el concierto progresivo de nuestro siglo.

Mas estos flamantes filósofos no reparan que en su trascordada teoría se toma simplemente como fin, lo que en realidad no es en sí mismo más que un medio. Preguntadles ¿cuál es el fin que persiguen? Os contestarán que el progreso. Pero y ¿qué es progreso? ó más bien ¿en qué se ha de progresar? En la explotación y beneficio de las maravillosas fuerzas escondidas en la naturaleza. Muy bien; ¿pero eso á qué conduce? Aquí ya no sabrán qué responder, y por decir a'go os dirán, aunque de un modo más paliado y menos claro: Sirve para proporcionarnos comodidades, dinero, lujo y la satisfacción de todos los caprichos y apetitos de la parte animal. ¡Este es el bello ideal de la tan decantada civilización! ¡Á esto se dirigen, y en esto se reconcentran, todos los esfuerzos y actividades del hombre! En tanto, para el perfeccionamiento de la parte espiritual, para el único objeto que dignamente puede ocupar nuestras energías, para lo único que nos ennoblece y dignifica, una diligencia cualquiera; un cuidado secundario y accidental; quizá, quizá, el olvido.

Muy otra ha sido la conducta de la Iglesia de Jesucristo en las diversas épocas de su vida eminentemente civilizadora. Lo mismo en los siglos pasados, al encontrarse frente á frente con la brillante y fastuosa civilización romana, dominadora del mundo, como al contener en su devastadora carrera las hordas de Godos, Hunos y Lombardos; ó en nuestros mismos días, al sacar de la barbarie á los pueblos salvajes, ó querer apartar á los que se llaman cultos del espantoso precipicio á que se encaminan; la Iglesia católica no cesa de repetir aquel principio fundamental de civilización que Jesucristo predicó para todas las naciones: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.»

Así que el verdadero destino de la civilización es servir de guía y de paje de hacha, en frase de nuestros antiguos clásicos, para que el hombre á través del camino de la vida, vaya derecho y sin tropiezos á la consecución del fin que debe obtener en este mundo. Cuanto á esto conduzca debe ser promovido y fomentado; pero considerándolo siempre como medio nada más, en manera alguna parando en ello como en fin. Cuanto con nuestra felicidad está dudosa y secundariamente relacionado, debe usarse con cautela; y condenarse, y á ser posible, evitarse, cuanto con ella esté reñido ó en algún modo le sea perjudicial.

Donde más á las claras se ve el errado concepto que reina acerca de la vida social, y la absoluta carencia de lógica con que los medios se convierten en fin, es en ese culto casi idolátrico que se tributa á la ciencia y á la educación. ¡Noble empresa la de ilustrarse y ensanchar las fronteras del saber humano! Pero la ciencia nunca será más que un medio, aunque tal vez de los más eficaces, para labrar nuestro bienestar; y en calidad de medio, susceptible de ser empleado en bien ó en mal nuestro y de nuestros semejantes. No todas las ciencias son para todos los hombres; y prueba de ello son, los pésimos resultados que en algunas clases de la sociedad ó en razas medio civilizadas, se han seguido de una indigestión de lecturas hechas sin discreción ni criterio. Dígalo si no la aparición de esa nueva clase social, hasta hoy poco menos que desconocida, á la que llamaremos holgazanería ilustrada; masa dispuesta para el crimen y la revolución. Si esos infelices hubieran dedicado á aprender un oficio el tiempo que malgastaron en estudiar lo que no entendieron, serían hoy honrados ciudadanos y un valioso elemento de prosperidad social.

No sé que se pueda explicar de otro modo la aparición de esas hordas de nuevos bárbaros, más ilustrados, pero por lo mismo más terribles que los de Atila, que amenazan arrasar desde sus cimientos, el grandioso edificio de la civilización cristiana con tanto trabajo levantado por los esfuerzos de diecinueve siglos. La Masonería, el Comunismo, Socialismo y Anarquismo y otras sociedades por el estilo, son los frutos que un progreso ilimitado como le llaman, y una educación material y atea pueden producir. La antorcha de la ciencia puesta en manos de hombres furiosos, se ha convertido en tea incendiaria con que intentan reducir á cenizas la sociedad.

Tenemos, pues, que la civilización es el resultado de la cultura intelectual y del desarrollo de las artes é industrias útiles á la vida, siempre que estos dos factores se enderecen á labrar la verdadera felicidad de los pueblos. Y solamente la labrarán, donde los intereses del orden espiritual y moral obtienen la primacía que se les debe y no son sacrificados ni postergados á los del orden material. Cuando suceda lo contrario, puede muy bien una ciudad alumbrada por luz eléctrica y cruzada en todas direcciones por automóviles, distar muy poco, en cuanto á civilización, de los pueblos sumidos en la barbarie.

Puede gloriarse el Protestantismo de haber producido la civilización del siglo XIX; nadie que discurra bien le disputará este derecho: puede prohiar el espíritu de este siglo, que en el odio declarado que profesa al cristianismo en nada desmiente á su madre. El Protestantismo trabajó por emancipar la razón humana de la esclavitud en que el Catolicismo le tenía, y por librar el corazón de las leyes y prescripciones de la moral de Jesucristo. El moderno ateísmo, el frío escepticismo, la duda mordaz, el pesado materialismo aplastando bajo sus ruedas de hierro, las nobles y levantadas expansiones del espíritu, la baja aristocracia del dinero, el refinamiento en el lujo, la desenfrenada licencia en la satisfacción de los más bestiales apetitos, la insubordinación á la autoridad, etc., etc., son otras tantas heridas que hoy desangran el cuerpo social, y que le fueron inferidas por el Protestantismo. Estos son el fruto natural, la consecuencia lógica y necesaria de haber el Protestantismo emancipado el entendimiento y el corazón humanos del magisterio intelectual y moral de la Iglesia católica.

CAPÍTULO II

CIVILIZACIÓN PROTESTANTE EN INGLATERRA

En ningún país como en Inglaterra se ha desarrollado el Protestantismo tan pujante, ni desplegado tan libremente las civilizadoras que, según él dice, tiene la gloriosa misión de esparcir benéficas influencias por el mundo. ¿Cuáles han sido los resultados?

Ciertamente, la civilización *material* de la Inglaterra de hoy como Nación, es admirable. El Sol nunca se pone en su Imperio. Sus dominios se extienden por Europa, Asia, América, África y Oceanía, y por los mares todos. ¿Qué Nación puede competir con ella en comercio, industria y riqueza?

Pero el estado del pueblo, ¿es correspondiente al grado de prosperidad por que la Nación atraviesa? Una evidencia espantosa nos demuestra lo contrario. En ninguna Nación del globo está el pueblo sumido en tanta degradación moral, en tan brutal esclavitud, en tan asquerosa inmoralidad y en tan extrema miseria como en Inglaterra. Y esto por confesión de los mismos ingleses. ¿Cuántos son los civilizados é ilustrados en Inglaterra? Pocos, muy pocos, si se comparan con la gran masa del pueblo, con esos millones y millones de obreros, trabajadores y mineros, que se llaman pueblo inglés y no son más que unos infelices salvajes.

Como prueba de este aserto, además de las que se darán en los capítulos destinados á «La Inmoralidad y al Pauperismo,» citamos al afamado publicista Mr. Lester, que en su obra *The Glory and Shame of England* (La Gloria y Vergüenza de Inglaterra) dice así:

«Se ha dicho, con razón, que hablar de felicidad en Inglaterra es como hablar de libertad en Esparta, donde existían los ilo-

tas... Quanto las clases altas prosperan en riqueza, poder é influencia, tanto la clase baja es más oprimida. La ganancia de unos pocos *supone* una pérdida para muchísimos más. Si el propietario se enriquece es á costa del bolsillo de sus inquilinos, que, privándose de lo necesario á la vida, soportan arrendamientos exorbitantes é injustos. Si el fabricante hace colosales fortunas, es porque el sudor del obrero no es suficientemente retribuido. Si el Obispo anglicano nada en la abundancia, su lujo es el precio del hambre y desnudez de miles de diocesanos. Si un Lord Lugarteniente de Irlanda hace dimisión de su cargo después de un mes de administración y se retira á un magnífico *château* del Continente con la renta de 5.000 libras anuales, esta suma ha sido estrujada de los hambrientos labradores irlandeses.» (Vol. I, pág. 141.)

Ningún historiador ha puesto en duda el estado social próspero de la Inglaterra anterior á la Reforma, ni se puede negar que esta prosperidad era debida á la fe católica, la cual, además de otros nobles sentimientos, inspiró á los ingleses medioevales el intenso amor de la libertad que los caracteriza. Ningún pueblo ha defendido sus derechos con tanta valentía contra injustas pretensiones de Reyes ó nobles. ¿Quién no recuerda la célebre Carta Magna, arrancada al Rey Juan Sin Tierra, por los Barones capitaneados por un Arzobispo católico? ¿Quién no ha oído hablar de las afamadas Cunas de la libertad, y de los Gremios ó Ligas de comerciantes y artesanos, que, además de implantar un sistema industrial netamente cristiano, basado sobre la justicia y la caridad, fueron incontrastable baluarte de las libertades civiles y fuente de los derechos políticos del pueblo?

Lo que tal vez no sea tan conocido es que en aquellos tiempos de Catolicismo, cuando había en Inglaterra miles de frailes y monjes, estaba la propiedad tan dividida, que las tierras, en su máxima parte, eran de los mismos que las cultivaban. No había entonces Pauperismo, ni era necesario dictar leyes de pobres. Provisto suficientemente en lo material de lo necesario á la sustentación y al vestido, aquel pueblo profundamente religioso, encontraba en las creencias y prácticas del Catolicismo todos los bienes espirituales que podía apetecer, y la más envidiable felicidad sobre la tierra. ¡Singular contraste el que forman la Inglaterra católica de entonces y la Inglaterra protestante de unos siglos más tarde! Las patéticas ruinas de iglesias católicas, monasterios é institu-

ciones de caridad ó enseñanza, que en gran número cubren el suelo inglés, son mudos testigos que nos hablan de una felicidad social muerta á manos asesinas por el Protestantismo.

Léase la *Historia de la Reforma*, por Cobbett; aquéllo parece un sueño ó una fábula de robos y asesinatos. Ni aun se encontrará cosa que le iguale en ferocidad y rapiña en las incursiones de las hordas bárbaras, cuando como un torbellino se arrojaron sobre el Sur de la Europa. En el pendón que enarboló el Protestantismo parecen escritas estas palabras: «Hagamos al rico más rico, y al pobre más pobre. Sea el dinero una virtud, y un crimen la pobreza. Si el pueblo nos habla de derechos á la vida y á la prosecución de su felicidad, sea tenido por traidor.»

Y, en efecto, por traidores se tomó á 40.000 católicos, que por el gran crimen de serlo, sufrieron la muerte sólo en el reinado de Enrique VIII.

Preciso es estar ciego, para no ver la desastrosa influencia que por medio del brazo político ejerció la Reforma en las clases obreras de la Gran Bretaña. Oigamos cómo nos las pinta Mr. Lester:

«La ignorancia, el vicio, la deformidad, el malestar y miseria de los obreros ingleses, considerados en conjunto, sobrepujan cuanto se puede creer. Tengo para mí, que la condición del trabajador en la Gran Bretaña, es mucho peor que la de los esclavos de América antes de su emancipación. Son demasiado ignorantes para conocer sus derechos; y por demás débiles para reclamarlos.» (Ibid., pág 161.)

En todo país civilizado se respetan los sagrados derechos que todo hombre tiene á la vida, á la libertad y á la consecución de su felicidad. Veamos si se cumple así en Inglaterra.

«Nosotros—dice Mr. Lester—hablamos mucho de la libertad de los ingleses, y ellos también hablan de su libertad: pero en Inglaterra no hay libertad para el pueblo. Es verdad que ya no se les vende identificados con la gleba, pero no sé si es preferible no poder trasladarse de un lugar á otro, aun en el caso que la enfermedad ó los años lo reclamen. En tales circunstancias, los pobres se dirigen adonde la vida ó la miseria les sea más llevadera: pero son pronto apresados cual si fueran criminales, y restituidos de nuevo á su distrito. Y como es costumbre en la muerte de los pobres que el funeral corra á cuenta de la Parroquia donde mueren, se han dado casos de ser sacados precipitadamente en un carro de paja pobres agonizantes, á quienes se

ha dejado morir abandonados en medio de un camino.» (Ibid., vol. I, pág. 181.)

Esta es la civilización cristiana que ha traído la Reforma. El autor á quien copiamos, aunque protestante, dirige indignado la siguiente invectiva á los ministros de su culto:

«Nos declaman mucho desde el púlpito sobre la misericordia de Dios, y nos dicen maravillas de su compasión para con el desgraciado. Pero los pobres ya no los creen, ni tienen por ministros de una Religión bajada del cielo, á unos hombres que esquilman al pobre, y que por cobrar una deuda han dado muerte á hijos de viudas, como lo han hecho en Irlanda» (1).

»El mismo Gibbon, á pesar de sus ribetes filosóficos, confiesa que la corrupción del Cristianismo (protestante) le ha hecho escéptico... Si hay alguna forma de tiranía inicua y abominable á la luz de los cielos, es, ciertamente, el despotismo de un Estado que convierte la sublime religión de Jesucristo en un instrumento de avaricia y ambición; de medro político y esquilamiento de pobres viudas y desvalidos huérfanos, que están muriendo de hambre para proveer al lujo y satisfacer los capri-

(1) Alude á la llamada «matanza de Rathcormac,» sucedida en Irlanda el 18 de Diciembre de 1834. Habiendo conseguido del Gobernador un piquete de soldados, el Archidiácono Rider, al frente de ellos, se dirigió á la choza donde vivía una viuda llamada Ryan, exigiendo el pago de cinco libras que se le debían, y la pobre mujer no tenía. El pueblo, indignado ante aquel derroche de crueldad, quiso obligar al Pastor á que desistiera en su demanda. Mas él, lejos de ceder, dió orden á los soldados que le acompañaban, primero, de cargar á sablazos, y más tarde, aun de hacer fuego á los que se le oponían. En todo fué obedecido, resultando de la descarga, nueve muertos y otros tantos heridos. Había en aquel pueblo 2.900 católicos y 29 protestantes, de los que pertenecían á la familia del Archidiácono más de la mitad. Producíale anualmente esta Parroquia de 7 á 8.000 duros de renta.

Es por demás trágico ver después á la viuda Ryan buscar entre los cuerpos muertos á su hijo, y encontrarle bañado en sangre con la boca abierta y los ojos fijos en el cielo. Otros dos de los muertos eran también hijos de viuda. Cuando los cadáveres fueron llevados á casa de la desventurada madre, avalanzóse á ellos gritando en lengua irlandesa ó céltica:—¡Todavía no están muertos, puesto que aún sangran!—Una terrible evidencia le convenció pronto de que sus hijos no vivían. La desventurada mujer se volvió loca. ¡Tantas lágrimas por el cobro de cinco libras!

chos de quienes usan el pomposo nombre de ministros de Dios. Ministros de Dios serán; ¡pero como lo son también los rayos, las tempestades, el fuego y la muerte!» (1). (Ibid., pág. 195.)

«En otra obra del mismo Lester, publicada en 1876 con el mismo título de *Glory and Shame of England*, cita el testimonio de Sydney Smith, que dice:

(1) Nos parece oportuno dar aquí una idea del evangélico desinterés del Clero anglicano, cuya avaricia tan duramente se reprende.

Un Obispo protestante de Durham, cuya renta es de 760.000 reales, confirió á un hijo suyo los cargos siguientes: Canciller de Lincoln y Vicario de Nuttleham, con la renta de 171.000 reales; Canónigo de Stoch, con el sueldo de 38.000 reales (eso sin los diezmos); Prebendado de Brigewart, con 32.580 reales; Rector de Weathamstead y Párroco de Harpenden, con 125.470 reales; Rector de Shalfont Saint-Gilles, 58.420 reales; Canónigo de Winchester, con 84.633 reales; Capellán del Hospital de San Leonardo, cuyos beneficios eran 1.140.000 reales. Suma total del sueldo entre padre é hijo, 2.408.153 reales. Y si es verdad, como dice Franqueville, que el segundo y tercer hijo habían sido agraciados de igual suerte que el primogénito, la afortunada familia del Obispo de Durham, ella sola reunía más renta que todos los Arzobispos y la mitad de los Obispos de España juntos. Casos parecidos son frecuentes. Y es de saber que, además de sus rentas, cada Prelado dispone de gran número de beneficios: el de Cantorbery, de 277; el de Londres, de 102; el de York, de 78; el de Ely, de 83; etc.

Otro dato curioso: En una nota oficial presentada hace unos cuantos años á la Cámara de los Comunes sobre las riquezas legadas en sus testamentos por algunos Obispos protestantes, se leía:

El Dr. Stopford, Obispo de York.....	650.000 francos.	
» Perey, de Dromore.....	1.000.000	»
» Cleever, de Ferus.....	1.250.000	»
» Bernard, de Limerich.....	1.500.000	»
» Knox, de Hillaloe.....	2.500.000	»
» Jowler, Arzobispo de Dublín.....	3.850.000	»
» Fosler, Obispo de Clogher.....	6 250.000	»
» Howkins, de Raphoe.....	6 500.000	»
» Bererford, Arzobispo de Armagh..	6.500.000	»
» Agar, Obispo de Cashel.....	10 000.000	»
» Warbuston.....	15.000.000	»
<i>Total</i>	<u>55.000.000</u>	»

«No hay duda que el pueblo bajo de Inglaterra sufre mayor miseria y mayores penalidades que el de ninguna otra nación. Hay miles y miles de seres humanos sin hogar, sin pan; sin un amigo, ni un consuelo, ni esperanza en el mundo; y hay millones sin instrucción, mal sustentados, arrastrados al crimen y á toda clase de vicios, que son el séquito inseparable de la ignorancia y del abandono. Y todo esto en tal grado, que no reconoce igual en la nación menos culta, menos libre, menos rica y poderosa de cuantas hay en Europa.»

Y á continuación añade:

«El gran crimen de Inglaterra consiste en sostener un sistema que oprime, brutaliza y mata de hambre á las masas populares. La política inglesa tiende á empobrecer más á los pobres y enriquecer más á los ricos. El esclavo africano se veía forzado á trabajar improbablemente y sin descanso, si no quería morir de hambre. Pues en esta terrible alternativa se ven, hace ya varios siglos, las clases obreras de Inglaterra. Aquí hay millones de hombres que tanto han oído hablar de Jesucristo como de Confucio ó de Mahoma. Puedo afirmar, sin temor de ser desmentido, que no hay pueblo que, nacido en medio de la cristiandad, sepa menos de Cristianismo; que, viviendo en medio de tanto lujo, carezca aun de lo necesario á la vida, que habite en covachas tan sucias é insalubres, y que goce menos aún de los benéficos rayos del sol.»

Las escenas más patéticas que se leen en las modernas novelas socialistas, aun en las de más exagerado romanticismo, no llegan á retratarnos el estado del populacho inglés. Prueba de ello, lo que el autor á quien venimos citando nos cuenta de Irlanda. Dice así (pág. 151):

«Los propietarios de fincas rústicas arrojan á los inquilinos de sus casas y labranzas, y dedican el campo á la cría de ganado. Es un retroceso á los tiempos prehistóricos y primitivos, en que las bestias, y no los hombres, tenían el usufructo de la tierra.»

Y unas páginas más abajo presenta las estadísticas oficiales de estos despojos de morada ó destierros de domicilio. Sólo en el decenio de 1841 á 1851 han sido destruídas 269.253 casas ó aldeas, y sólo en el año 1849 arrojadas violentamente de su hogar 50.000 familias.

Otra de las cosas que da más luz para conocer el estado de las clases bajas, es el género de viviendas que usan, en sótanos y

subterráneos, tan generalizadas en todas las grandes ciudades. José Kay, comisionado por la Universidad de Cambridge para examinar y dar su informe sobre la condición social de los pobres en diversos países, escribió como resultado de sus observaciones una obra de singular mérito, intitulada *The Social Condition and Education of the English People*. Nada igual puede imaginarse por lo horrible de los cuadros, copiados todos del natural. Comovida la Sociedad Estadística de Londres ante aquellos descubrimientos, que revelaban incomprensibles escenas de degradación «en el seno mismo de la civilización más floreciente del mundo» (son palabras de la Sociedad Estadística), determinóse tomar cartas en el asunto, y al efecto se nombró un Comité. Este, tras de maduras investigaciones, halló que cuanto había dicho Kay era muy cierto, y que aún había quedado corto. Véase cómo termina la Memoria que los comisionados llamaron «Calendario de horrores:»

«Vuestro Comité os ha presentado una pintura detallada de la miseria, degradación y embrutecimiento de la plebe. Esto es una desgracia enorme y una vergüenza en un país civilizado; y tememos con razón, que ésta será muy en breve la suerte de una gran parte de nuestra sociedad, que pasa su vida en reducidos y mal ventilados cuartos de las ciudades fabriles, ó en las chozas de nuestras aldeas. En una de estas miserables viviendas viven amontonados todas las edades y sexos, padres é hijos, hermanos y hermanas ya adultos, y aun á veces también personas ajenas á la familia, junto con un batallón de chiquillos. A veces viven con enfermos y moribundos, todos ellos tan próximos y tan apretados, que no lo está más un rebaño de ovejas en el redil. Allí es físicamente imposible guardarse la debida decencia y consideraciones de unos á otros; y es necesario que desaparezca toda idea de respeto mutuo y de propiedad.» (*Journal of the Statis Soc.*, London, vol. VI, pág. 17.)

En la revista que acabamos de citar (vol. XI) aparecieron los datos siguientes, como resultado de una nueva investigación sobre el estado del proletariado:

«De 1.954 familias visitadas, 551, con un total de 2.025 individuos, tenían un solo cuarto para toda la familia; 562, con 2.554 individuos, tenían dos cuartos por familia, uno de ellos destinado á alcoba, donde, por lo tanto, dormían juntas personas de todos los sexos y edades, y el otro, que servía para los

demás usos de la casa. En 705 familias, con 1.950 personas, no se encontró más que una cama; y dos, una para los padres y otra para los hijos, en 728 familias, que constaban de 3.455 individuos.»

Mr. Lester nos dice, que en la ciudad de Liverpool se encontraron 6.294 sótanos habitados por 20.168 personas, y 621 barra-cas, con 2.000 compartimentos de 10 á 12 pies de largo por seis de ancho. ¡Ni los esquimales ó los negros del Congo, podrían sopor-tar estas cuevas ó calabozos donde vive el 20 por 100 de la pobla-ción, en una ciudad que es el emporio comercial de la Gran Bre-taña! Razón tiene, por tanto, nuestro filantrópico autor america-no, al exclamar que prefería ver á sus hijos en la esclavitud anti-gua de los negros, antes que en la mísera condición del proletario británico.

Creerá, sin duda, el lector que ha visto las escenas más odio-sas y repugnantes que se desarrollan en el tremendo drama de la barbarie civilizada. Pero no es así: aún le falta por ver «la escla-vidad del niño y la mujer en las minas de carbón.» Un periódico de Londres se expresaba sobre el particular en los siguientes tér-minos:

«En ningún tiempo se ha visto cosa parecida á las infernales crueldades cometidas con niños y muchachas en nuestras minas de carbón; en esos oscuros subterráneos, sepulturas de la salud, bienestar y moralidad. Hemos leído, y nunca sin horrorizarnos, que en los países salvajes se ultraja y atropella á la niñez y á la debilidad. Pero creemos, que ni aun entre bárbaros se ve tanto refinamiento de crueldad, tanta ferocidad á sangre fría, como en nuestras minas de carbón. En ellas, hay niños y niñas de siete, ocho y nueve años, á veces casi desnudos, atados como brutos á los carros, que arrastran por lodazales de cuatro y cinco pulgadas, en la obscuridad más completa, y por espacio de diez, veinte, y alguna vez aún *treinta horas* consecutivas, sin otra interrupción que la precisa para tomar un escaso alimento, que ellos mismos se proporcionan, aprovechando la distracción ó el descuido de algún minero. Aquí está pintada la civilización británica. Al leer las declaraciones hechas por diversas Comisiones encargadas de examinar el asunto, viénenle á uno tentaciones de renegar, aun de ser inglés.»

Estas pobres criaturas, niños, muchachas y mujeres, no sólo trabajan como animales atadas á un carro, sino que aun son gol-

peadas con horrible crueldad. Por otra parte, pasan el día entre hombres del todo desnudos, resultando de aquí una bestial in-moralidad. «¡Cuántos y cuántos miles de niños—dice el Conde de Winchelsea—se han echado á perder física y moralmente por ese embrutecedor trabajo!»

Ya no es extraño que estos seres de-graciados estén en una completa ignorancia de lo más esencial y rudimentario. Vayan algunos ejemplos recientes, rigurosamente históricos.

Guillermo Beaver, de diez y seis años, decía: «El Señor hizo el mundo y mandó á la tierra á Adán y Eva á salvar pecadores. He oído hablar de un Salvador, que debía ser un buen hombre, pero no murió en Inglaterra.»

Ana Eggley, de diez y ocho años, dijo lo siguiente: «Alguna vez me han hablado de un tal Cristo que hizo milagros: pero no sé qué cosa sea eso. Murió echándole por la garganta fuego y azufre. El año tiene catorce meses y no sé cuántas semanas.» Téngase presente que los que así hablan, y otros muchos más que pudiéramos aducir, están en el pleno uso de sus facultades mentales.

A vista de tamaña barbarie ocurre preguntar: ¿Y no se pone algún remedio? Ninguno que sea de utilidad y provecho, con-tes-ta Mr. Lester.

El año de 1883 escribía Mr. Chamberlain en una Revista: «Nunca nuestro país ha pasado por un período de tanta riqueza; nunca se ha hecho tanto alarde y ostentación de lujo y prospe-ridad: pero al mismo tiempo nunca la miseria ha sido tan ex-trema, ni la condición de los pobres más desesperada.» Y pro-sigue diciendo que el país tiene un millón de pobres, número que duplicará ó triplicará muy en breve. (*Fortnightly Review*, Diciem-bre de 1883.)

W. J. Conybeare, hablando de la irreligión tan general entre las clases obreras, dice: «Es muy triste que los que hacen nues-tras máquinas, nuestros ferrocarriles, el mueblaje de nuestras habitaciones y el vestido de nuestras personas, hayan perdido en proporción tan enorme todo resto de cristianismo. Conside-ran la Escritura como un invento, la religión como un engaña-mundos, y pasan la vida sin ley y sin Dios. El último censo da á sola Inglaterra (sin Escocia é Irlanda) la cifra de cinco millo-nes de personas que no profesan prácticamente ninguna reli-gión.» (*Essays Ecclesiastical and Social*, pág. 99.)

El Revdo. F. Hugo se expresa sobre el mismo particular del modo siguiente: «El pueblo de Lancaster y Londres en nada se diferencia de aquellos paganos que nos pinta San Pablo con tan vivos y terribles colores.» (*Church Times*, Octubre 13 de 1876.)

El obispo protestante de Rochester, en un sermón predicado en la capilla real de St. James, decía: «Lamento la grosera, supina y casi brutal ignorancia de lo concerniente á su salvación, en que se deja vivir y morir á los clases trabajadoras. Para cientos de miles de compatriotas nuestros, el nombre de Dios sólo sirve para objeto de blasfemia: Jesucristo y su amor infinito está tan distante de ellos como una estrella fija.» (*Good Words*, Enero 1880, pág. 61.)

Treinta años hace que la Revista *Quarterly Review* decía: «Hay en Londres, y en las afueras, no lejos del centro de la ciudad, calles enteras donde vive la gente como si Dios no existiera. Podríamos citar barrios donde el concubinato es cosa corriente y general; donde los tenderos hacen público alarde de ateísmo, y obligan á los parroquianos á ser cómplices de sus blasfemias y otras lindezas por el estilo.» (*Quarterly Review*, Abril 1861 (1).

¿Y todavía se pondrá por las nubes la civilización inglesa, como orgullo de nuestro siglo? ¿Y todavía habrá simples ó apasionados que llamen semibárbaros á España, Italia y otros países sobre que el Catolicismo derrama sus beneficiosas influencias? Hemos visto lo que es la civilización del Protestantismo y por el Protestantismo: un poco más abajo veremos la del Catolicismo y por el Catolicismo; y cuando comparemos á ambas, podremos juzgar si es ó no cierto, que distan entre sí tanto como el cielo de la tierra.

(1) Ya que el autor pasa por alto la condición de los obreros en las fábricas de tejidos, vamos á añadir cuatro palabras sobre el particular. En las fábricas de hilados de Manchester, por ejemplo, se trabajaba hace pocos años catorce horas diarias en grandes y pequeñas cuadras saturadas de polvillo de algodón y de emanaciones de aceite. Los hombres más robustos quedaban inválidos para los cuarenta años; y los niños que entraban en los talleres á los ocho, morían casi todos antes de los diez y seis. Estaba prohibido hablar. Llegando cinco minutos más tarde se pagaban 10 reales de multa. Si uno caía enfermo, debía poner un sustituto, so pena de medio *chelin*. (Véanse más datos sobre el particular en *Nuestro Siglo*, por Leixner.)

CAPÍTULO III

CIVILIZACIÓN PROTESTANTE EN IRLANDA Y LA INDIA

El célebre escritor francés, Juan de París, dice en su obra *La Question Irlandaise*.

«La Irlanda que en tiempos antiguos ocupó uno de los primeros puestos entre las naciones cultas de Europa, ha dejado un luminoso rastro en la historia de la civilización cristiana. Más tarde, la violencia ayudada por la traición, hiciéronla esclava del extranjero. Desde entonces, sus virtudes son la causa de sus infortunios. Fiel al credo de sus padres, es perseguida por un pueblo apóstata.»

Esta es la pura verdad. Y siendo esta isla uno de los países mas privilegiados por la naturaleza, dotado de un suelo fertilísimo y un clima suave; poblado por una gente brava é inteligente, á quien nadie supera en espíritu de empresa y de progreso; por un pueblo que en todas partes sabe ser libre, menos en su propio país; ocurre preguntar con M. de París: ¿cómo es que el nombre de Irlanda, en los oídos de todo el mundo viene á ser sinónimo de Tierra del hambre? Voy á contestar á esta pregunta, valiéndome del testimonio del tantas veces citado Mr. Lester, quien habla, no de oídas, sino de ciencia propia, adquirida tras diligente observación.

Ochenta páginas de su libro *The Glory and Shame of England* consagra á este argumento, trazándonos un cuadro histórico acabado, que intitula *Penas y luchas de Irlanda bajo la opresión inglesa*. Este escritor protestante no deja de reconocer que la brutal opresión social, política y religiosa que se ha ejercido con este heroico pueblo, es debida á la que él llama la forma peor de Protestantismo: la Iglesia Episcopal Anglicana. Empieza así el citado trabajo: